

CAPITULO LVII.

Diplomacia sentimental.



ESPUES de construir el fuerte de Santo Domingo y de dejar en él una guarnicion, se encaminó Bartolomé con Hernando de Guevara al hermoso país de Xaragua con el objeto de visitar á Anacaona.

Aquella pintoresca provincia ocupaba la mayor parte de la costa oriental de la isla, cerca del cabo Tiburon, dilatándose por el Sur hasta la isla que más tarde se llamó de la Beata.

La invasion de los españoles no habia llegado hasta allí, y Bartolomé deseaba, por medio de su amistad, y si no era posible, por medio de la guerra, avasallar tambien aquel territorio.

Para la paz podia servirle grandemente la influencia que ejercia sobre Anacaona Hernando de Guevara.

Al efecto trató con la mayor consideracion al jóven oficial, y esta benevolencia para con él aumentó el odio que le profesaba Francisco Roldan, porque aún no habia olvidado que el amante de Higuamota habia defendido á Anacaona cuando trató de seducirla, y le habia llevado preso á la colonia. Mientras Roldan con los descontentos fraguaba la conspiracion, Bartolomé con su ejercito se dirigia á los dominios de Anacaona.

Para no infundir temor á los indios, que creyéndose próximos á sufrir la suerte de los habitantes de Marien y de la

Vega huian amedrentados, envió á Hernando para que transmitiese á Anacaona las supuestas noticias que el almirante habia enviado.

Púsose el jóven esposo de la india el collar de guaninos que debia salvarle de todo ataque por parte de los indígenas, y jinete en un brioso alazan, partió al encuentro de la reina.

La insignia que llevaba al cuello hacia que los indios, en vez de huir, al verle se acercasen y le ofreciesen toda clase de servicios.

Guevara conocia el camino, y se dirigió á la morada de Anacaona.

En aquellos momentos el sol, próximo á hundirse en el ocaso, reflejaba sus melancólicas tintas sobre la playa solitaria, en cuya blanca arena lanzaban las olas sus últimos suspiros.

Higuamota, sentada á los piés de su madre, y dejando á la pobre reina que jugase con sus cabellos, miraba con tristeza las luces del crepúsculo.

—¿Qué tienes, madre mia? le preguntó la jóven india.

—Pienso en tu pobre padre.

—¿Temes por él?

—¡Oh, sí!

—¿Olvidas que los españoles han prometido devolvérnosle pronto?

—¿Quién sabe si habrá podido sufrir el peso de sus cadenas!

—¿No has oido á mi amado Hernando las maravillas que cuenta de su patria? Allí hay poderosos reyes que viven en magníficos palacios, que tienen muchos servidores vestidos con ricos trajes y adornados con oro y piedras preciosas. Tal vez, habiendo llegado á su noticia el valor de mi padre, han deseado verle; tal vez en estos momentos se encuentre en su

presencia colmado de regalos y agasajos, y no lo dudes, madre mia, mi corazon me dice que volverá, que volverá muy contento para bendecir mi union con Hernando; y cuando él vuelva libre y dichoso, renacerá la paz en nuestras ciudades, las vírgenes cantarán los arcitos con alegría, y á estas horas en que tanta melancolía siente nuestra alma, distraerán con sus alegres danzas nuestros tristes pensamientos.

—Tu corazon te engaña; separar á Caonabo de sus queridas selvas, de sus valientes guerreros, del amor de su esposa, de las caricias de su hija, es condenarle à muerte. ¡Dios sabe si á estas horas serás tú huérfana y yo viuda!

Esta conversacion fué interrumpida por un indio, que anunció á Anacaona la llegada de Guevara.

Al oír pronunciar aquel nombre, la alegría brilló en los ojos de Higuamota.

Levantándose con la ligereza de la gacela, sin escuchar siquiera las órdenes que daba su madre al indio, corrió al encuentro del bizarro caudillo, que ávido tambien de recrearse en sus ojos, le tendió sus brazos con efusion.

—¡Esposo mio! exclamó Higuamota.

—¿No me esperabas?

—No; pero pensaba en tí, como pienso siempre, porque te amo más que á mi vida.

—Yo tambien pensaba en tí, y mi felicidad ha sido inmensa al emprender este viaje, porque las nuevas que te traigo van á llenarte de alegría.

—¿Son nuevas de mi padre?

—Sí, del valiente Caonabo.

—¡Oh! Ven, ven, que nadie te escuche.

Y con la infantil ligereza condujo al guerrero hasta donde se hallaba Anacaona, poseida de una viva ansiedad, porque el temor y la esperanza combatian en su pecho.

—Madre, madre, exclamó la jóven, mi corazon no me engañaba: Hernando, mi buen Hernando, nos trae noticias de mi padre.

—Sí, dijo el jóven, han llegado algunos navíos de España, y en ellos cartas de nuestro jefe el almirante. Caonabo ha llegado con él despues de un viaje felicísimo, y ha sido recibido por los reyes con las mayores muestras de amistad.

—¿No me engañais? le preguntó Anacaona, dirigiéndole una profunda mirada.

Pero como Hernando á su vez habia sido engañado, y creia de buena fe lo que contaba, ni bajó los ojos, ni se estremeció al contacto magnético de aquella escrutadora mirada.

—¡Ah! No, no me engañais, exclamó la reina.

—Mis soberanos, continuó Hernando, le han tratado de igual á igual, de rey á rey. Está allí siendo objeto de los mayores agasajos, y muy en breve volverá libre á reinar á vuestro lado. Pero no sentirá el odio que hasta ahora ha sentido por mis compatriotas, sino un verdadero afecto, y entonces cesará la guerra, los beneficios de la paz nos alcanzarán á todos y nuestra felicidad será inmensa, añadió, dirigiendo una mirada à Higuamota.

—Sí; sí, bendito sea tu Dios, benditos sean tus reyes cuando tanto bien nos dispensan.

—No es mi única mision la de comunicarte estas nuevas, añadió, Hernando, dirigiéndose á Anacaona. Al partir el almirante dejó el gobierno de la isla á su hermano. El ha venido conmigo y con algunos soldados á visitarte. Se ha detenido en la frontera de tus dominios, y pide tu permiso para verte. Las noticias que te traigo te tranquilizarán. Yo, por mi parte, te aseguro que no es la guerra lo que quiere, sino tu aprecio.

—¿Para imponerme el tributo?

— No, para obtener tu amistad y pedirte toda clase de auxilios cuando los necesite. Esto no debe ofenderte, no debe disgustarte. Tú tienes un corazón generoso, y estoy seguro de que sin necesidad de pedirte amparo nos lo otorgarás cuando lo necesitemos.

— Tienes razón; las noticias que me has traído alejan el odio de mi alma. Mucho daño nos habeis hecho; desde que habeis llegado, la tea de la discordia es el único sol que nos alumbraba; pero yo os lo perdono, porque habeis respetado á Caonabo, porque me ofreceis su libertad, porque reanimais en mi pecho la esperanza de volver á verle pronto, como en los felices días en que la paz y la prosperidad reinaban en nuestro suelo.

Anacaona era generosa.

Amaba á Caonabo con delirio.

Le habia considerado muerto, y le veia próximo á volver con nuevos títulos á la admiración y á la obediencia de sus vasallos.

Hernando de Guevara habia inspirado una pasión á su hija.

Su hija era su ídolo.

También amaba á Hernando, y no podia creer que aquel hombre la engañase.

En aquellos momentos hubiera sido capaz de comprometerse á pagar el ominoso tributo que pagaban los indios de la Vega y de los Estados de Guacanajari.

— Que venga en buen hora tu jefe á mis dominios, yo le recibiré como á un amigo de mi esposo.

Convinieron en que al día siguiente llegaría el adelantado con sus tropas hasta el palacio de Anacaona, y la reina envió inmediatamente un emisario para que llamase á Guaorocaya y fuesen á participarle las nuevas que habia recibido.

Guaorocaya vivía á muy corta distancia de Xaragua.

Apénas conversó con el emisario, partió en busca de Anacaona.

Cuando llegó, la reina velaba esperándole.

Higuanamota dormía tranquila.

Una dulce sonrisa se pintaba en sus labios.

Veía en sueños la felicidad, porque la felicidad en la juventud es el amor.

CAPITULO LVIII.

Alegrias tristes.

ANACAONA manifestó à Guaorocaya las noticias que habia recibido de Caonabo, y la confianza y seguridad que tenia en ellas, por habérselas transmitido Hernando de Guevara, unido á su hija por los más estrechos vínculos.

Guaorocaya era receloso.

Habia sufrido demasiado, habia visto las desventuras que habian caido sobre su patria desde la llegada de los españoles, y trató de sofocar en Anacaona los sentimientos generosos en que habia trocado su rencor implacable hácia sus enemigos, manifestándola que su amistad con ellos era peligrosa.

—Guacanajari, añadió, fué el primero que salió á recibirlos á su llegada. Los colmó de agasajos, ha vendido á su patria por ellos, ha puesto sus vasallos al mando del cacique de los extranjeros para luchar con nosotros, y el infeliz ha muerto bajo el peso de la más negra ingratitude.

La Providencia le ha castigado; pero nosotros, que no hemos delinquido, que hemos luchado victoriosamente para romper el yugo que han colocado en nuestro cuello nuestros opresores, no podemos sufrir igual suerte.

—De todos modos, portándose los reyes de España con mi esposo Caonabo de una manera tan generosa, no debo yo ser ménos. Estoy resuelta á recibir al hermano de Colon y á sus

soldados. Tú, Guaorocaya, que gobiernas conmigo el vasto territorio dividido ántes de tus desdichas en cinco reinos, saldrás á recibir á los españoles y los conducirás hasta mi presencia, en donde quiero darles pruebas de mi buena amistad.

Guaorocaya obedeció con pesar la orden de Anacaona.

Bartolomé habia practicado una marcha militar.

Formaba su vanguardia la caballería, y al entrar en las ciudades ó lugares indios mandaba desplegar las banderas, que paseaba majestuosamente por ellos á tambor batiente.

Habiendo hallado durante la travesía gran cantidad de palo del Brasil, dispuso su corte, y lo fué almacenando en las cabañas indias para recogerlo á su tiempo y enviarlo á España.

Guaorocaya dispuso que al amanecer del dia siguiente estuvieran prontos sus mejores guerreros para acompañarle á recibir al adelantado.

No era solo por hacerle los honores por lo que queria llevar un numeroso séquito

Temia una emboscada, y en todo caso queria contar con medios para resistir el primer choque de sus adversarios.

Al amanecer se pusieron en marcha aquellos dos ejércitos.

No tardaron en avistarse, y Guaorocaya, mandando detenerse á sus soldados, y entregándoles sus armas, se acercó al lado de dos butios hasta el punto donde se hallaba Bartolomé.

—¿Quereis decirme, le preguntó el adelantado, por qué salís á recibirme con ese formidable ejército? Las noticias que tengo de Anacaona son pacíficas. Yo no he venido á combatir con vosotros, y me extraña la actitud amenazadora en que tú te presentas á mi vista.

—Si mis guerreros están armados, contestó Guaorocaya, no es para luchar con los tuyos. Vienen conmigo á hacerte los honores, y al mismo tiempo á contener á aquellos de mis

vasallos que por haber sufrido mucho desde que llegasteis á nuestra isla, os odian y desean vuestro exterminio.

—Yo te agradezco la intencion, aunque no necesito de tu amparo. Bastan mis armas para contrarestar la fuerza de los tuyos y para destruir los lazos que cautelosamente pudieras tenderme.

—Tal creo; pero puesto que no os animan intenciones hostiles, dime cuál es el objeto de tu venida.

—He oido hacer los mayores elogios de esta parte de la isla, y habiendo dominado las demas, justo es que como vecinos seamos amigos y hagamos lo posible por auxiliarnos.

—Bien venido seas entónces; á tus órdenes me tienes para acompañarte hasta el palacio de Anacaona.

La comitiva se puso en marcha, los indios formaron en dos columnas para abrir paso á los españoles, los escoltaron despues, y de todas las aldeas por donde pasaban salian los caciques á ofrecer á sus huéspedes pan de cazabe y otros muchos y raros productos de sus tierras.

Todos los paisajes que hasta entónces habian recreado la vista de los españoles parecian pálidos reflejos, torpes copias de aquellos que admiraban su vista y ensanchaban su ánimo.

Al acercarse á la ciudad en donde residia Anacaona, treinta mujeres de la familia de la reina salieron á su encuentro.

En su diestra agitaban hojas de palma, y bailaban formando caprichosas figuras, al mismo tiempo que cantaban los alegres arcitos nacionales.

Gran número de indios de todos sexos y edades salieron á recibirle.

Las indias casadas llevaban una especie de cendal de algodón.

Las vírgenes iban completamente desnudas.

Casi todas eran bellas.

Su cútis era delicado y de un color moreno claro.

Al aparecerse á la vista de los españoles, salian de entre los árboles, y balanceándose en las orillas de los arroyuelos, parecian ninfas y driadas.

La comitiva se detuvo en una gran plaza.

En ella estaba el campestre palacio de la reina.

Las vírgenes que cantaban los arcitos llegaron adonde se hallaba Bartolomé, y doblando en tierra la rodilla, le ofrecieron los ramos de palmas que llevaban en su diestra.

Poco despues, conducida en una litera formada con ramas y flores, se presentó Anacaona, la que saludó graciosamente al adelantado, conduciéndole de la mano hasta su morada.

Allí estaba preparado un gran banquete para obsequiar á los españoles, y allí por la primera vez, segun cuenta la historia, se resolvieron los españoles á comer el guanaco, manjar favorito de los indios, que hasta entónces habian mirado con aversion, pareciéndoles tan sabroso que en lo sucesivo ocupó uno de los primeros puestos de su mesa (U).

Terminado el banquete, ofreció Anacaona á Bartolomé Colon y á Hernando de Guevara blandas hamacas de algodón para que descansaran.

Los demas españoles se hospedaron en las casas de los indios, donde recibieron igual ofrenda.

Por lo que pudiera suceder, habia dispuesto Colon que la mitad de sus soldados velasen miéntras la otra mitad dormian.

Anacaona preguntó á Bartolomé si eran ciertas las noticias que le habia dado Hernando de Guevara, y al verlas confirmadas experimentó una inmensa alegría.

Para festejar la venida de los extranjeros dispuso ofrecerles el espectáculo de un simulacro.

Dió á Guaorocaya las órdenes oportunas, y al dia siguiente,

en la gran plaza de su palacio, se presentaron á combatir dos cuadrillas de indios armados con arcos y flechas.

Se trataba de una escaramuza militar para distraer á los extranjeros; pero al combatir en su presencia se entusiasmaron tanto los indios, que abandonando poco á poco la ficcion por la realidad, llegaron á pelear como si fueran enemigos.

Cuatro quedaron muertos en el campo, hubo muchos fuera de combate, y no perecieron todos, porque el adelantado y muchos de los españoles que le acompañaban pidieron que cesase la pelea.

Aquel día, miéntras los caciques obsequiaban particularmente en su casa á los soldados de Bartolomé, éste conversaba á solas con Guaorocaya y Anacaona.

Hernando aprovechó los momentos para hablar de su amor á Higuamota.

La idea de que Caonabo estaba en España despertó una viva curiosidad, un interes vehemente en los monarcas indios, por saber qué nacion era aquella que enviaba á través de la inmensidad de los mares á remotos países barcos monstruosos con valientes guerreros, cubiertos de metales relucientes que les preservaba de la muerte, y Bartolomé aprovechó aquella curiosidad para hacer á los indios una pomposa descripcion de la magnificencia de los soberanos que hasta allí les habian enviado.

Oíale embebecidos Guaorocaya y Anacaona.

Las descripciones de los palacios, de los templos, de las ciudades que poseian los monarcas de España, la reseña de las batallas que reñian sus ejércitos, de los encuentros en que tomaban parte sus más nobles guerreros, todo aquello les parecia tantástico y Anacaona se deleitaba, particularmente pensando el mágico efecto que la realidad produciria en el ánimo de su esposo Caonabo.

—¿Por qué, le preguntó, por qué siendo tan poderosos vuestros reyes han querido venir hasta nuestras humildes ciudades, para dominarnos é imponernos la guerra primero, el tributo despues?

—Porque vosotros poseeis con abundancia lo que allí falta, el oro; pero no quieren arrebatároslo. Vosotros no le dais aquí valor alguno; las entrañas de vuestras sierras atesoran ese rico metal, cuyas partículas arrastran vuestros rios. Pero aun cuando no se os hace daño alguno despojándoos del oro, como nuestros reyes son generosos y magnánimos, desean daros por vuestro oro lo que no teneis: religion, fe, civilizacion. Si el temor de perder la libertad por vuestra parte, y los abusos cometidos por algunos de los nuestros no hubieran tenido lugar, ni una gota de sangre se habria derramado. Nosotros os hubiéramos protegido de vuestros enemigos los caribes, os hubiéramos brindado los beneficios que hoy ofrecen los reyes á Caonabo, y la felicidad reinaria en la isla. Para que no se turbe más el sosiego, para que no tengamos necesidad de emplear la fuerza con vosotros, he venido á pedir os amistad.

—¿Y á qué precio? preguntó Guaorocaya.

—Ya lo he dicho: pagad como vuestros hermanos á la Corona de Castilla el tributo, y en cambio yo os pongo desde ahora bajo la proteccion de mis reyes.

Una triste mirada dirigió Guaorocaya á Anacaona.

No pronunció una palabra.

Pero la reina pudo leer en él esta frase: «No me habia equivocado: á nuestros hermanos los han sometido á la fuerza; con nosotros han empleado la astucia.»

—De buen grado, repuso Anacaona, os daríamos oro; pero en nuestros dominios no existe ese metal. Nuestros campos son fértiles; riéganlos cristalinos arroyos, y es en ellos eterna la primavera; las plantas nos ofrecen el sustento que necesi-

tamos, las flores recrean nuestra vista, los pájaros con sus dulces melodías encantan nuestro oído, la brisa de la costa y el murmullo de los arroyos nos adormecen, críase lozano y abundante el algodón; esos árboles que con tanto afán buscáis, añadió aludiendo al palo del Brasil, llenan con sus ramas la mayor parte de la superficie de mis Estados. Pero en todos ellos no hallareis una sola partícula de oro.

— ¡Y habeis pensado, dijo Bartolomé, que es tanta la crueldad de los monarcas de Castilla que os exigirán oro cuando sepan que no lo poseéis? Den oro aquellos que lo tienen á la mano, aquellos que para nada lo necesitan. Vosotros recoged cáñamo, algodón, pan de cazabe, pagad con eso vuestro tributo, y será á los ojos de los reyes tan meritorio como los que mayor cantidad de oro les proporcionen.

Esta declaracion alejó de la frente de Anacaona la nube de tristeza que la creencia de tener que pagar el tributo en oro habia formado.

— En ese caso, dijo, cuenta tambien con nuestro tributo. Asimismo daré orden á todos mis caciques para que al terminarse el plazo te ofrezcan el tributo que nos exigis amistosamente.

A partir de aquel momento, las negociaciones de Bartolomé habian terminado.

La política aconsejada por su hermano Cristóbal empezaba á dar frutos.

¡Ah! si todos sus agentes hubieran sido como Bartolomé, acaso no se hubiera derramado en las vírgenes llanuras del Nuevo Mundo la sangre de sus habitantes, y aquella sangre no habria regado las semillas de la venganza, que aún hoy fructifican.

Despidiéndose de Anacaona, resolvió volver con su ejército á la Isabela.

Hernando estrechó más y más los vínculos que le unian á Higuamota.

— Seré tuyo hasta la muerte, le dijo.

La jóven india estaba segura de su juramento.

— ¡Que Vagoniana bendiga á los españoles! exclamó Anacaona, viéndolos partir y olvidando los poderosos motivos que tenia para odarlos.

— ¡Ay de nosotros! ¡Ay de nuestra raza! murmuró Guarocaya, retirándose triste y abatido á su palacio, que ya le parecia una tumba.

CAPITULO LIX.

Mayabonex.

En la colonia encontró Bartolomé el reverso de la medalla.

Volvia muy satisfecho por el triunfo que acababa de obtener su diplomacia; pero al llegar á la Isabela, la escasez de víveres por una parte, y por otra las maquinaciones de sus adversarios, le hicieron olvidar su triunfo para entregarse á la desesperacion.

Pocos eran los que no se hallaban enfermos, y estos pocos se lamentaban de la escasez de víveres.

Los que yacian postrados en el lecho reclamaban á toda prisa medicinas.

Muchos de los colonos, ó por pereza ó por enfermedad, habian dejado de cultivar los campos, y la miseria, el hambre, el malestar, constituian la fisonomía de aquella agrupacion de europeos.

Gran parte de los indios que estaban al servicio de los colonos se habian escapado, refugiándose en las montañas.

Convencidos de que habia oro en la isla, todo su afan era adquirir aquel metal, sin pensar en que podian muy bien llegar á verse como el héroe de la célebre fábula, que obtuvo como gracia especial el que se le volviese oro todo lo que cogia.

Los españoles, como aquel, iban á ver, por no cultivar los

campos, convertido en oro el pan que necesitaban para vivir.

Como el almirante no volvia ni enviaba provisiones, como Diego Colon, débil de carácter, vivia retirado por evitar un choque con los descontentos, á quienes capitaneaba Roldan; como Bartolomé, por último, cumplia las órdenes de su hermano, estableciendo fortalezas, fundando la colonia de Santo Domingo, tratando con los caciques que aún no estaban sometidos, cobrando el tributo de los que lo estaban, creyéndose los colonos víctimas de la ambicion de los tres hermanos, Roldan y los agentes de Fonseca veian engrosar sus filas con los que no tenian bastante discernimiento para comprender quiénes eran sus verdaderos amigos y quiénes sus adversarios.

Una de las cosas que más afligian á los españoles era no tener buques.

Con ellos podrian partir algunos á reponerse, á buscar víveres, á dar cuenta de la situacion en que se hallaban; pero la ausencia de toda clase de embarcaciones los tenia desesperados.

Para calmar un tanto su ansiedad y alentar sus esperanzas, mandó Bartolomé construir dos carabelas.

Miéntas se fabricaban, internó en la isla á los colonos aptos para trabajar ó batirse, y al efecto establació una cadena de fuertes militares entre el nuevo puerto de Santo Domingo y la colonia.

Estos fuertes constaban de cinco casas fuertes, rodeadas de chozas.

Hállabase el primero á nueve leguas de la Isabela y tomó el nombre de la Esperanza.

Seis leguas despues se levantó el de Santa Catalina.

Cinco leguas de este el de Santiago, á igual distancia el de la Concepcion, que ya estaba construido al pié de las monta-

ñas del Cibao, y en la Vega Real, próximo á la residencia del desgraciado cacique Guarionex, al que habia reemplazado un hermano suyo, llamado Mayabonex.

No quedaron en la Isabela más que los enfermos, algunos cuantos soldados para defenderla en caso de un ataque, los calafates y operarios que construian los buques, Diego Colon algunos otros empleados, y el alcalde mayor Francisco Rolandan.

El adelantado, con el grueso de su ejército y lo más florido de la colonia, se trasladó á Santo Domingo.

Allí procediendo á la explotacion de las minas de Hayna, pensó aguardar la vuelta de su hermano para dirigirse al departamento de Xaragua á cobrar el tributo.

De su propósito le distrajo una grave noticia que recibió algun tiempo despues.

Los indios de la Vega Real, no escarmentados aún con el castigo que habian sufrido los que á las órdenes de Guarionex habian querido apoderarse del fuerte de la Concepcion, intentaban apoderarse de nuevo de esta fortaleza.

El capitán del fuerte pedia auxilio, porque habian entrado en la conspiracion gran número de indios, y no contaba con suficientes elementos para contrarestar su empuje.

Vamos á ver lo que habia pasado.

Despues de la muerte de Guarionex, le habia sucedido en el mando Mayabonex, hermano menor de aquel, y de carácter más enérgico y valeroso que el desgraciado esposo de Imbila.

Los misioneros, entre los que se hallaba el padre Roman Pane y el fraile franciscano Juan Borgoñon, volvieron á la Vega despues de convertir al cristianismo á Higuamota y á la hija de Guarionex, que estaba enamorada de Diego, el intérprete lucayo, y continuaron propagando la verdadera doctrina entre los indios.

Habian ya catequizado á una familia, cuyo jefe cambió su nombre por el de Juan Mateo.

Pero lo que más deseaban los frailes era convertir á Mayabonex, el cual, conociendo el poder de los españoles, aparentó prestarse á sus deseos.

Aprendió algunas oraciones, y dispensó una gran proteccion al indio convertido Juan Mateo.

Los indios estaban indignados.

Como sucede siempre en estos casos, los butios, guardadores y sacerdotes de la primitiva religion de los indios, veian con pena el entronizamiento del cristianismo en sus costumbres religiosas.

Cada uno de los indios que se dejaba catequizar era un súbdito ménos, porque la religion de los indios, como todas las religiones idólatras, convertian en verdaderos soberanos á los sacerdotes con solo atribuirles la inspiracion y el trato íntimo con los dioses ó tzimes.

No podian ver con calma los buenos resultados de la predicacion de los misioneros, y cuando se informaron de que Mayabonex, su soberano, rezaba con frecuencia las oraciones que le habian enseñado los misioneros, y estaba pronto á renunciar su religion para abrazar el cristianismo, se alarmaron profundamente, pusieron en juego los poderosos medios con que contaban para evitar que sus ídolos rodasen á los pies del tabernáculo y fuesen reemplazados por el sublime signo de la redencion.

Juzgaban mal á Mayabonex.

Tan astuto como valeroso, no creia haber llegado aún la hora de emplear la fuerza y empleaba la astucia.

Fingia oír con admiracion á los religiosos, y aprendia con facilidad las oraciones que le enseñaban, se instruia perfectamente en los misterios de la religion cristiana; pero no por

eso olvidaba un solo instante el culto que debía á sus ídolos, no dejaba de consultar á su tizmes protector para que le diese à conocer el rumbo que debería seguir y le marcarse la hora de abandonar la astucia por la fuerza, para caer sobre los opresores de su patria y libertarla del yugo.

Referí á su tiempo que Guarionex y los suyos, irritados por la alevosa conducta de Barahona, conducta que dió por resultado el suicidio de Imbila, presa de horrible indignacion, hicieron mil pedazos la sagrada imágen de la Virgen que el misionero Roman Pane les habia dado como un símbolo de las nuevas ideas religiosas que adoptaban.

Aquel sacrilego atentado recibió el condigno castigo; pero era necesario, para satisfacer á los misioneros, que los indios no ya venerasen una imágen sagrada en el secreto de su hogar, sino que tuviesen una capilla, donde concurriesen á cumplir sus deberes cristianos.

Destinaron al efecto una de las chozas más espaciosas, y en ella colocaron los frailes un altar con un Crucifijo y un busto de la inmaculada.

La familia de Juan Mateo se encargó de su cuidado, y con el consentimiento de Mayabonex comenzaron á recorrer las aldeas próximas para establecer en todas ellas nuevas capillas y extender el culto católico.

Juan Mateo les acompañaba, y aunque en el fondo de su alma sentia una profunda indignacion su soberano por su perfidia, aparentaba protegerle, sin perjuicio de castigarle cuando llegara el dia de la venganza.

Pero temeroso de que la debilidad de algunos de los indios descubriese sus intenciones, se guardó de revelar sus íntimos pensamientos á sus vasallos, y continuó apareciendo á sus ojos como un apóstata, tan digno de recibir el castigo como Juan Mateo.

No era posible resistir por más tiempo aquel despotismo. Podian muy bien los que habian tenido la fortuna adversa en el momento de la lucha, someterse al dominio de los extranjeros y pagarles, aunque dolorosamente, el ominoso tributo que les habian impuesto.

Podian soportar el peso de sus duras penas siempre que tuvieran libertad de conciencia, siempre que pudieran en el fondo de su alma hallar un consuelo á sus desventuras en la adoracion de sus ídolos.

Pero desde el momento en que los españoles querian extender su influencia hasta en sus sentimientos; desde el instante en que querian hacerles olvidar su religion, la religion de sus padres, la que habian inculcado á sus hijos, para profesar otra nueva, lo cual era cometer una apostasia, sus cadenas les parecieron más duras, más ominosa su esclavitud, más insufrible el despotismo de sus enemigos, y habia llegado para ellos la hora de romper el yugo ó de morir como buenos, defendiendo sus creencias y su fe.

Los butios aprovecharon aquel movimiento, aquel impulso que debía dar fuerza á los débiles y convertir en héroes á los más timoratos.

—¡Guerra á muerte á los españoles que quieran imponer nos su religion! ¡Guerra á muerte á Mayabonex, nuestro rey, porque los escucha y los obedece! ¡Guerra á muerte á Juan Mateo, porque ha roto los lazos que le ligaban con nosotros!

Este fué el grito de guerra.

Esta fué la exclamacion unánime, la voz de alarma que sin pronunciarla los labios resonó en el corazon de todos.

Los caciques y los butios se reunieron en secreto para tramar la conspiracion que debía dar por resultado el cumplimiento del deseo que habian escrito en su bandera de rebelion.